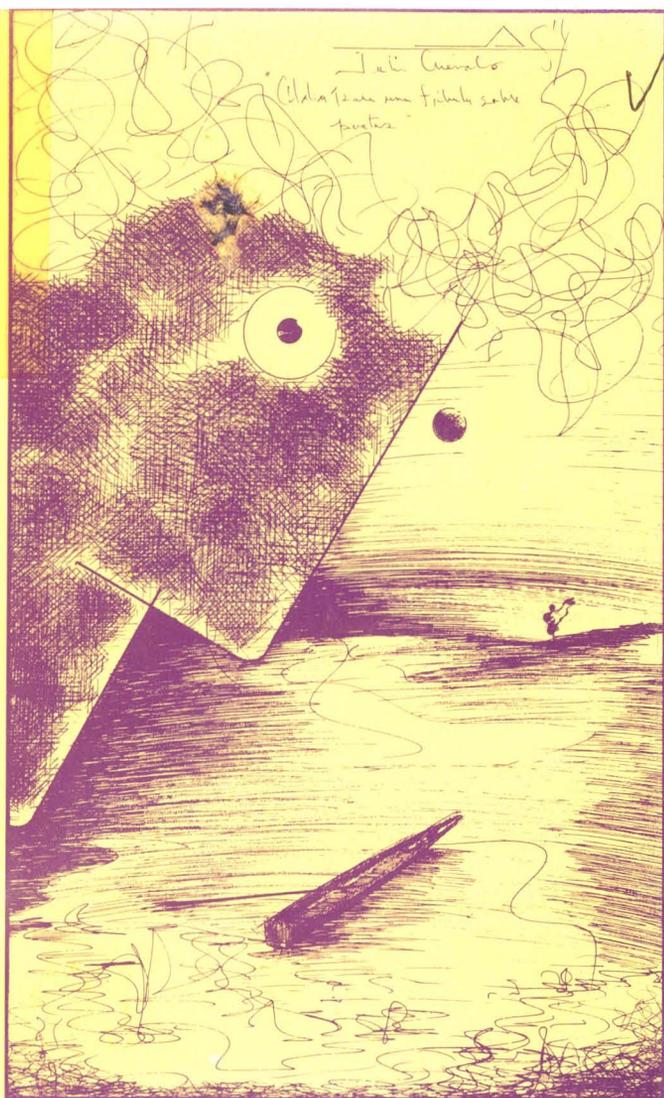




# Clara/palabra



## SUMARIO

La Escuela	<i>Rodolfo Arévalo</i>
Poemas	<i>Enrique Noriega</i>
El huésped	<i>Rodrigo Rey Rosa</i>
Poema	<i>Carmen Matute</i>
Altos Maíces	<i>Antonio Pérez, S.J.</i>
El aullido de la charca	<i>Camilo José Cela</i>
Poema	<i>Luis de León</i>

4  
1990

*El bosque de los insultos*

*A la edad de quince años  
Epoca fogosa y difícil  
Fui a pegar de gritos  
A un bosque japonés según  
Costumbre milenaria*

*Lo hice desde el mullido sofá  
De un inmutable observador  
De la compleja conducta humana*

*Se me pidió sintetizar en un  
Arbol todo cuanto yo fuera  
No pude / Dibujé un bosque  
Y usted ya sabe por qué*

*Paisaje lunar*

*Con la mente en blanco  
Ante la página en blanco  
Comparablemente idiota  
Sólo a la hazaña de haber  
conquistado la luna*

*También lo podemos llamar  
síndrome de aullido  
o conciencia solapada  
En todo caso usted se ahorra  
Lo del analista*

# EL HUESPED

Cuentan que en el centro de la isla, en la montaña que se pierde entre las nubes, hay una laguna muy profunda, un ojo azul que mira al cielo. Y en el centro de la laguna hay otra isla, un montículo de piedras, donde vive un hombre solitario que acaso porque siempre ha estado solo no es en realidad un hombre.

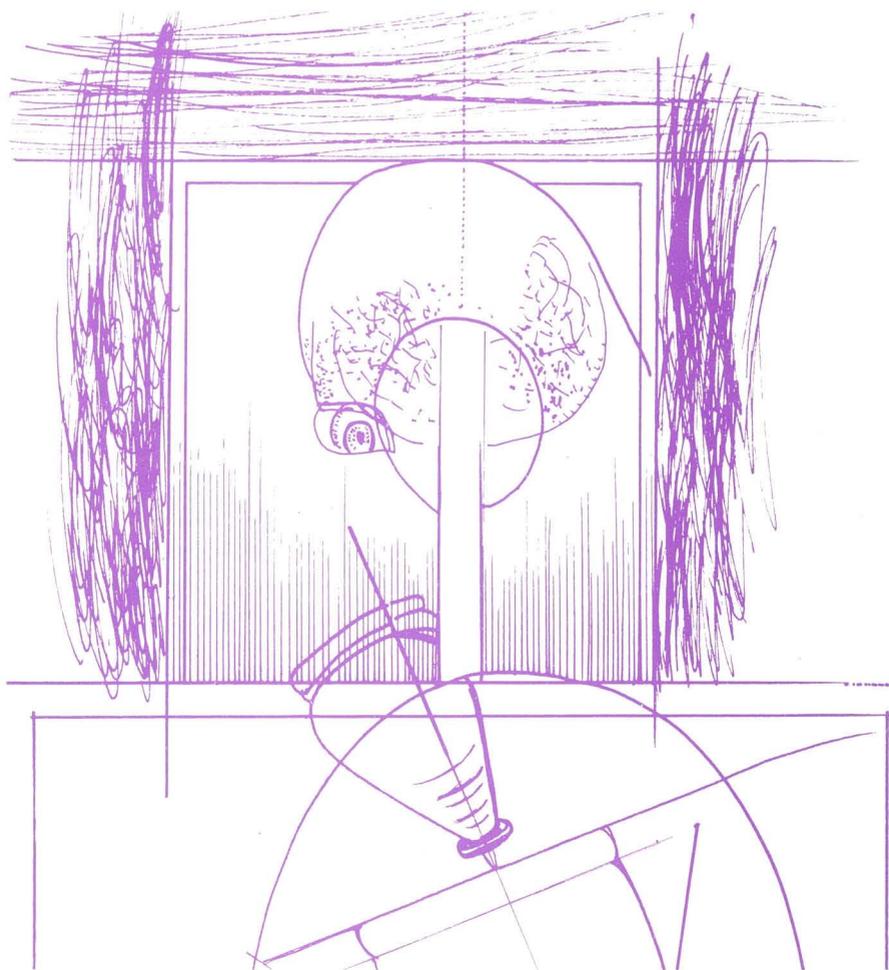
El hombre ya es viejo, y no recuerda a la gente que vive en la otra isla. Aun en los días más claros, cuando trepa a la roca más alta, no alcanza a ver la tierra que rodea la laguna, que para él es infinita. A veces sueña por las noches, y ve caras y otras cosas que no comprende; entonces siente que está solo y que no debería estar solo. Se despierta con frío, y si la brisa sopla, desde la cueva oye el agua que sube y baja entre las rocas.

Una manada de cabras habita en la pequeña isla. Se alimentan de las hojas de las higueras que crecen aquí y allá entre las piedras. El hombre, que come los higos y bebe la leche de las cabras, se siente dichoso; pero cuando sueña con aquellas caras —y las caras tienen brazos, y son muchos los ojos que lo miran— se vuelve como los otros hombres: se siente perdido, no comprende nada, y no sabe qué es lo que siente y no comprende. La luna cuando está llena, las cabras que a veces rehuyen su presencia, el agua que una noche suena más clara que nunca, la cueva misma, o las rocas que resaltan contra el cielo, cada cosa podría encerrar un secreto. El hombre lo presiente: el final, la última hora, la barca que, cuando niño, lo trajo a la isla, y que pronto vendrá para llevárselo. Un día, al salir el sol, verá una vela, un punto blanco en el poniente. Ese día algo le será revelado. El sueño de las caras dejará de parecerle absurdo. Verá cosas que una vez vio y ya no recuerda, cosas que para él eran del sueño. Por un momento se verá libre del misterio, para luego entrar en otro misterio.

La luna se hundió; el agua, la tierra, el cielo y el hombre que lo contemplaba se hicieron uno con la oscuridad. Después de un largo silencio, un rayo de sol alumbró el cielo. El aire era tan claro que el hombre, que había trepado a una alta roca, podía ver la espuma que hacían las olas al romper contra la proa de una barca que navegaba en la distancia. Las cabras se reunieron alrededor del hombre. Una de ellas se acercó y suavemente le tocó la pierna. El hombre se arrodilló y bebió de su leche. Por un instante consiguió borrar la imagen de la barca, pero cuando ésta viró (ahora estaba a pocos metros de la isla) el sacudirse de las velas se oyó por encima del sonido del viento, y el hombre y la cabra levantaron la cabeza. El piloto saludó con una mano, y con la otra recogió la cuerda de la escota. El viejo bajó a la orilla y aguardó el refluir de las olas para saltar. Nadó hasta la barca y subió a bordo. El piloto lo miró de arriba abajo y el viejo se sintió avergonzado. Bajó los ojos para mirarse a sí mismo, y sintió el peso de su pelo y las largas barbas que le cubrían el pecho. Otro hombre subió a cubierta, y ahora el viejo sintió miedo. Este vestía un manto amarillo que resplandecía con el sol. Se acercó al viejo, alargó la mano, le quitó una ramita que se había enredado en sus barbas y la tiró al agua. Desde la barca se veía la boca de la cueva; las cabras se habían escondido. El viejo se miró las manos; sus uñas eran tan largas que se retorcían. El sol brillaba en lo alto, la superficie del agua era un espejo.

# Rodrigo Rey Rosa

(Vaciadas de sangre las venas, limpias las entrañas —de donde el hombre de amarillo ha sacado una serpiente blanca— el cuerpo del viejo, que fue inmolado en la cubierta, es devuelto al agua. Dicen que no tiene fondo la laguna. La barca sigue su curso hacia el este, y a la hora en que se oculta el sol atraca en la arena, mientras la gente entona cantos de alabanza. El hombre de amarillo, a bordo todavía, alza ambas manos, y la serpiente se retuerce en el aire. El silencio. Treinta y ocho niños aguardan en la playa. Sus cuerpos, vistos desde arriba, pie con pie, mano con mano, forman una estrella. Cuando aparece la luna, la serpiente es libertada; alguien la deja en un disco en el centro de la estrella. Por la noche escoge entre los niños a su nuevo huésped, y al día siguiente la barca parte con ellos para la isla.)



En la tarde, cuando yo llego, la puerta está abierta y el aire que corre es un poco frío. Es una edificación enorme, vista desde fuera parecen medios arcos superpuestos que terminan en leves cúpulas, por dentro son amplios corredores semioscuros que guardan los grandes salones. En uno de ellos trato de impartir clases de danza, una especie de calistenia con predominio de la figura estilizada, todo bajo temas muy precisos: una búsqueda de respuestas con el cuerpo.

Según sé, tengo alumnos, y no he acertado a saber si soy yo el que viene muy temprano o ellos se retrasan, lo cierto es que hemos tardado mucho en encontrarnos. Algunas veces, me parece que he logrado ver un muslo perfecto, un brazo en alto con la muñeca en gracioso ademán, unos cabellos ondeando, un torso compacto... Como no llegan, repaso una de mis creaciones: seguir las estrellas en una danza, intentando, en tres metros cuadrados, imitar sus distancias, en este caso, el gesto es forma concentrada y el movimiento una síntesis de gestos.

Otras veces creo oír una composición, ha de ser famosa porque la escuchan bastante, su estilo radica en disimular los ruidos ordinarios impregnándoles una eufonía perfecta; en lo personal no me agrada mucho, creo que abusa de los silencios, su nombre ha de estar lleno de consonantes mudas, algo así como Vilhsehmahyah. Supongo que ha de gustar a alguna de las alumnas. Las mujeres son expertas en descubrir en la repetición la esencia lo eterno, una especie de instinto conservador; estoy seguro que ha de ser de ella esa silueta que me gusta, es más, quisiera asegurarlo.

En la última clase dejé apuntado en la pizarra el tema para la siguiente: "desorden". Esto, supuse, era muy complicado, pues de toda suerte el caos no existe y representarlo por medio de algo basado en el descubrimiento de la armonía, exige un esfuerzo. Dejé para el estudio un músico extranjero y también instrucciones, subrayé las que se referían a romper con el habitual silencio.

Los salones desérticos ayudaron bastante, los alumnos han de haber salido uno por uno de lugares secretos, tratando de perseguir la música, hasta caer derrotados por el cansancio. Creo que el ejercicio fue un éxito, lástima que el eco es también una forma de orden.

Es muy bello contemplar la gran escuela, parece abandonada pero ha de ser una nueva forma de jardinería, las plantas crecen libremente y entre los resquicios de las gradas aparece la yerba. Es imponente. Ayer, frente al frontispicio, oí lejos que alguien andaba por los patios de juego, al pasar por allí vi unas hojas secas girando con el viento.

Ese día me di cuenta: cada vez llego más temprano y mis alumnos han de hacerlo más tarde.



¿Y dónde están ahora los maíces  
altos:

los penachos  
de los gastadores;  
los sables dentados  
de las hojas  
ásperas, quebradizas,  
blandidas por el viento?

¡Oh el chasquido como de astilla rota  
del saltamontes  
sorprendido,  
y luego la maravilla celeste de sus alas!

¡Y el olor de la tierra;  
y el olor de la panoja cuando nace  
su primer bozo húmedo y sedño;  
y el vaho protector de los establos:  
maternal!

Había  
una piedra en medio del plantío;  
una gran piedra con líquenes y hormigas:  
un bajío en el mar.

Subido  
a ella, inclinándome,  
esperaba  
alcanzar la punta de un penacho.

Se veía la casa,  
firme como un monte  
cálida y seca  
como una gallina,  
rojinegra la cresta del tejado.  
Y su olor a tea, a pan recién nacido;  
y su pañuelo de humo,  
y sus sombras como islas juiciosas  
en la locura del sol.

Y mis piernas arañadas;

se podían  
contar las fechas de cada rasguño por su color.  
Y las botas embarradas, sin cordones,  
con antigua tierra entre los clavos  
y la lengua viva y mojada de una hoja  
apresada en la rendija de la suela,  
deshilachándose,  
como esas ramas distraídas  
que traen los mozos en la boca  
al atardecer...

Y la carretera con rocío,  
y la cascada de hierbajos sobre la cuneta,  
y el pretil desconchado,  
y el terraplén ¡y el mar!

¡Y el mar!

¡Y el mar! y las naves que se alejan sin remedio.  
¡Y las naves que se alejan sin remedio!  
¡Y la helada caída de la noche!  
¡Y la lenta caída de la noche!

¡Y este  
ahogo  
de tapiado rubor  
que me retiene  
el borbotón antiguo  
del llanto aún no llorado  
por los altos maíces,  
por los viejos maíces,  
mientras llega la noche,  
mientras se van las naves

# EL AULLIDO DE LA CHARCA

"Abrapalabra" se une al regocijo de la crítica mundial, que ha apludido la decisión de la Academia Sueca de otorgar el Premio Nobel de Literatura 1989 al novelista español Camilo José Cela. El Premio se concede no por determinado libro, sino por la obra total de un autor. La ya larga carrera literaria de Cela, que comenzo en grande con La familia de Pascual Duarte, continuó con La Colmena hasta llegar a Cristo versus Arizona, ha merecido diversos premios entre ellos el Príncipe de Asturias.

"...llenaban mi memoria, la que acuña los pasos venturosos e infelices..."  
Unamuno

Cubierto de polvo, galopando hacia el sol poniente, un jinete se perdía a lo lejos, más allá de la charca.

Media hora antes, quizá lo hubiéramos visto discutir con el dueño de la casa y con su yerno.

—¿Y el ganado?

—No pasa.

—¡Allá tú!

Sobre el campo, dejado de la mano de Dios, el sol parecía como entretenerse en acerar los brillos del agua remansada.

No se oía ni una voz ni se veía un solo hombre todo alrededor.

Echado en el suelo, a la puerta de la casa, un mastín dormía con una oreja levantada, y, a su lado, jugando con la tierra, una niña silenciosa esperaba la noche.

Detrás, la casa, alta, grande, sombría, casi negra.

En la cocina, una mujer trajina de un lado para otro: destapa una olla, tira unas patatas podridas en la lata del cerdo, mata una cucaracha con el pie.

En el zaguán, dos hombres fuman parsimoniosamente. El más joven lee un periódico atrasado, un periódico que habrá venido de la lejana ciudad envolviendo cualquier cosa.

En la cocina, la mujer enciende un candil.

—¡Niña!

La niña que jugaba con la tierra entra en la casa y se sienta, siempre en silencio, sobre el escalón que une la cocina con el portal.

Parece que, con la penumbra de luz de aceite, se oyen ahora lejanos nurrullos que antes no se escuchaban, próximos ruidecillos de las vigas.

Una suave neblina se posa sobre la charca y la luna, poco a poco, como trabajosamente, se deja, ver de vez en vez, entre los plateados bordes de las nubes. Un aullido prolongado cruza por el campo.

—Ya está ahí la charca.

—¡Hacía días!

La niña que está sentada en el escalón rompe a llorar.

—¡Calla!

La cena pasa en silencio. En la cocina, tres mujeres y la niña y dos hermanas suyas, mocitas ya.

En el zaguán cenan los dos hombres; un muchacho y un niño rebañan los platos de los hombres. Nadie habla.

El largo aullido sigue cortando la noche.

El joven es el que manda.

¡A dormir! Marta, tráete dos copitas.

La mujer se dirige a su marido:

—¿Vas a salir esta noche?

—¡A ti que te importa!

La mujer, que ya hace muchos años que no llora, se marcha con la cabeza baja.

El hombre se va tras ella y se sienta en la cocina a verla hacer. Están solos.

Pasa un rato de silencio. El hombre mira para el suelo.

—Pues sí, voy a salir, ¿no oyes la charca? Voy a salir, como salgo siempre, hasta que un día me cojan en el lazo...

—¡Calla!

—¡No callo!...Hasta que un día me cojan como un lobo y tú...

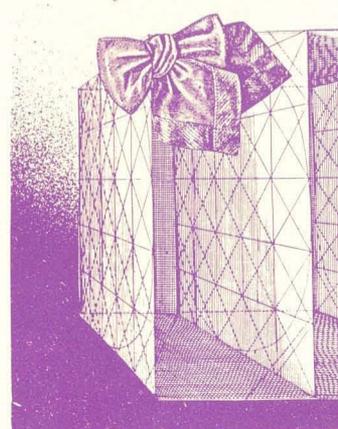
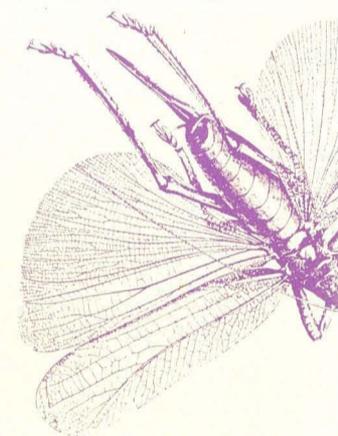
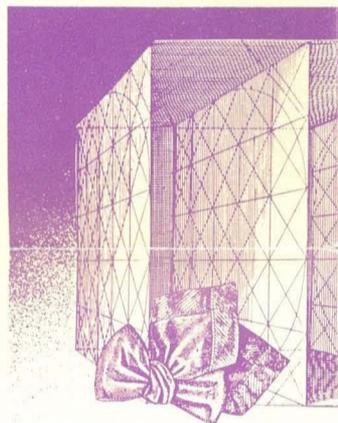
—¡Calla!

—¿No ves a tu hermana Dolores?

La mujer estaba pálida, como una muerta.

—Vete si quieres. Yo rezaré por ti como toda las noches. ¡Que Dios me lo perdone!

Un viento silbador se había desatado sobre la llanura y los escasos árboles se doblegaban, ser-



# Camilo José Cela

viles, a su paso.

El caballo ya conocía el tembloroso camino de tantas noches.

Apretado contra su jinete, buscaba calor para el escalofrío que le corría por el espinazo.

La charca seguía cantando, cada vez más ululante, y su voz se perdía, sin eco, en el final del llano.

Ramón descabalgó.

Un hombre cruzó rápido por la sombra.

—¿Quién va!

Nadie respondió. Había empezado a llover y la charca resonaba como un pandero.

Se oyeron, entre el silbar del viento y el lamentarse del agua, los juncos que se quiebran para que pase el hombre en su huida.

Ramón se arrimó a su caballo, que sudaba bajo la lluvia, el belfo temblón, los cascos impacientes.

Un silbido poderoso le retumbó en los oídos. Prestó atención y vio otro hombre cruzando las junqueras. Sintió no haber traído su escopeta.

Fue andando por la orilla, camino de los juncos, con el cinturón de gruesa hebilla de hierro en la mano.

Si hubiese tenido sosiego, quizá hubiera pensado en la viscosa lama, en la traicionera lama que, desde los labios de la charca, esperaba, inperturbable, la propicia presa.

Cuando notó que un pie se le escurría ya había dado el paso, ya apoyaba la otra pierna —medio metro más adelante— sobre el suelo huidizo.

Por su mente cruzó como una chispa la idea de que se portaba mal con su mujer. Fue sólo un instante.

—¡Socorro!

Tenía la cabeza fría por dentro, y el agua de la lluvia no bastaba para lavarle la sudorosa frente.

—Socorro!

Los juncos se cimbrearon al sonar de su voz, y el caballo, impaciente, se debatía con las manos trabadas con la brida.

Ramón hubiera visto en la oscuridad. Sus ojos ardían como dos ascuas.

—¡Socorro!

Tres hombres se le acercaron por detrás y tiraron de él.

—Ya te esperábamos.

—¿Por qué?

—Ya ves... cosas que a uno se le ocurren. ¿Ya no preguntas por el ganado?

—¡Déjate de eso!

Ramón se limpiaba las botas con unas hierbas. El hombre que había hablado fumaba su gruesa pipa de tapadera.

—¿Para qué llevas el cinturón en la mano? ¡Psch...!

Los cuatro hombres llegaron al caballo de Ramón.

—Te compro el caballo.

—Cógelo, te lo doy.

—No; mañana iré a tu casa a buscarlo.

—Es peor; llévatelo ahora. A Marta le iba a extrañar...

—Sí, verdaderamente.

Ramón, descabalgado, volvió sobre sus pasos. Al llegar a la casa le salió la mujer a esperar.

—No te ofí llegar.

—Es que vine a pie.

—¿Y el caballo?

—Alla se quedó.

—¿En la charca?

—Sí.

La mujer trataba de mirarle a los ojos.

—¿Qué te pasa?

—Nada...¿Haz rezado por mí?

—Sí.

—¡Más ha valido!

—¿Y esos?

—Ya los ves

Ramón entró a calentarse en la cocina. Tenía las ropas caladas por la lluvia y estaba temblando.

—¿Estás malo?

—No, no es nada. Dame una copa caliente.

Marta se la trajo, y Ramón se la bebió de un trago.

—Oye, Marta.

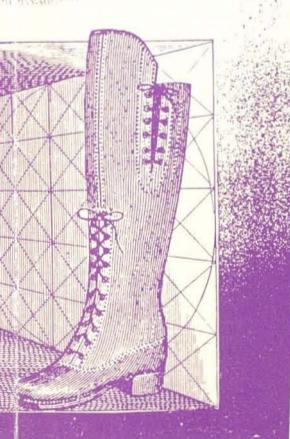
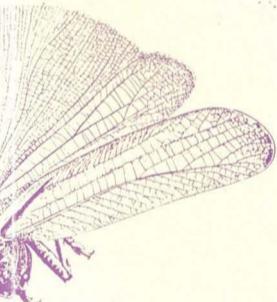
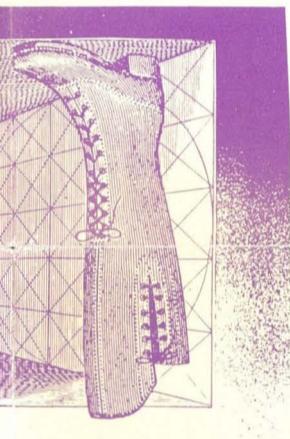
—Dime.

—¿Te hice daño anoche cuando te retorcí el brazo?

—No hables de eso.

—¿Tú me quieres igual?

—Sí; anda, calla y vámonos a dormir. Es muy tarde.



Anoche te vi  
por la ventana entreabierto  
de los sueños.  
Fértil, tu voz se dispersaba  
nombrando otra vez las cosas:  
sillas, tazas, formón,  
pila, naranjos, torres, llagas,  
puentes, pájaros, locura,  
cédula, vísceras, yegua...  
Y tus palabras  
no se las llevaba el viento.  
Se quedaban,  
leves alas de mariposa  
guardadas entre las páginas de un libro;  
permanecían,  
polvo dorado  
posándose  
sobre las gentes buenas,  
sobre las paredes de adobe de las casas.

Poeta-espejo de la patria,  
escribiendo de las memorias  
de esta desamparada tierra,  
te fuiste  
con tus lágrimas de fuego,  
pero sigues aquí —entre nosotros—.  
Te han visto pasar  
con tu muerte tomado de la mano,  
los ojos del apazote  
abiertos con asombro a la mañana.  
Manuel José de nombres bíblicos,  
¡te quedaste en la ciudad de Guatemala!

Poeta de mi pueblo,  
túnel  
por el que se llega al país de los sueños,  
naciste para ofrecer tus manos  
a quien las tuviera vacías.  
Y cuando habías vivido tu vida  
de poeta luminoso,  
de hombre heroico e impuro,  
se fue deshaciendo tu imagen  
hasta volverse  
incontenible río.

en cierto modo,  
eres  
como mi patria:  
pues como ella,  
eres pequeña  
y posees una variada  
geografía  
llena  
de altas montañas,  
profundos barrancos  
y oscuras selvas.  
cada labio tuyo  
es un océano,  
tienes dos lagos  
en el rostro  
y en el centro de tu cuerpo,  
el más fértil de los valles.  
no posees ríos,  
pero si en este instante  
fueras madre,  
brotarían de tus volcanes  
ríos de lava blanca.

eres  
como mi patria  
y yo te recorro  
palmo a palmo,  
no con mis pies,  
sino con estas manos  
ciegas.

y asciendo tus montañas,  
desciendo tus barrancos,  
penetro tus selvas,  
me bebo tus océanos,  
siembro tu valle  
y habito la ciudad,  
la gran ciudad que llevas dentro.

# NUEVAS PUBLICACIONES

## Poesía

HORACIO FIGUEROA MARROQUÍN

### LAS HISPANIADAS



GUATEMALA, 1989

### *Las hispaniadas*

Horacio Figueroa Marroquín. Edit. Encuentro de Dos Mundos. Guatemala, 1989. 299 Págs.

Precio Q. 20.00

Admite el autor que influido por la obra de Camoens y frente al programa de celebraciones del V Centenario del Descubrimiento de América, vertió en octavas reales la obra de Bernal Díaz del Castillo *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, La obra trae un prólogo —escrito también en octavas reales— de la poeta Angelina Acuña. El libro abarca la narración en verso, desde la hazaña de Cortez hasta la muerte de Pedro de Alvarado.

### *Ciudadando laberintos*

Roberto Monzón. Edit. Cultura, Ministerio de Cultura y Deportes. Guatemala, 1989. 82 Págs.

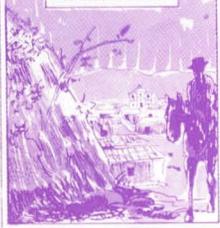
Precio Q. 7.00

Surge un poeta de señalada originalidad cuyo arte conquista el primer Premio de los Juegos Florales de Quetzaltenango, en 1989. Poesía de sostenida protesta social y humana, escrita a golpes de paso por la ciudad en cuyas esquinas el dolor se esconde. Monzón ha sabido encontrar la expresión poética en lo cotidiano aplicando un método de aguda observación y de recreación de la palabra: “Relam pagazo: el día no es tal día / es relámpago frugal de doce horas / Siempre es la noche / Se muere a oscuras en cualquier momento”.

## Narrativa

### antes que se me olvide

RENE ARTURO  
VILLEGAS LARA



### *Antes que se me olvide*

René Arturo Villegas Lara. Edit. Cenaltex. Ministerio de Educación. Guatemala, 1989.

153 Págs. Precio Q.6.00

La presencia de un cuentista nato se revela en esta obra que recoge en sus páginas las costumbres del municipio de Chiquimulilla. La intención del autor fue mover los personajes que sostiene su memoria desde la infancia y ponerlos a vivir nuevamente en aquellos lares que desparecieron ante el impulso del “desarrollo”. El estilo es llano, coloquial y fácil de asimilar. Comprensible hasta por los niños de Chiquimulilla.

114619



Nota: Envíenos sus libros para registrarlos en esta sección.

## UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR

Rector:

Mons. Luis Manresa, S.J.

Vicerrector Académico:

Lic. Luis Achaerandio, S.J.

## EMBAJADA DE VENEZUELA

Antonio Avelado Leal  
Embajador

Cipriano Fuentes

Agregado Cultural y de Prensa

*Abra palabra*  
Publicación bimestral

Consejo Consultivo:

Luis Alfredo Arango

Margarita Carrera

Enrique Peña Hernández

Consejo Editorial:

Max Araujo

María Arranz

Alfonso Enrique Barrientos

Cipriano Fuentes

Guillemina Herrera

Ricardo Lima

Ernesto Loukota

Francisco Morales Santos

Coordinadora:

María Arranz

Diseño:

Julio Arévalo

Portada:

Julio Arévalo.

**Dirección:** Universidad Rafael Landívar, Departamento de Asuntos Culturales, zona 16, Vista Hermosa III, Apartado de Correos 39 C, Ciudad de Guatemala, Rep. de Guatemala.

Las colaboraciones son solicitadas. No se devuelven originales.

**Q. 0.50 el ejemplar.**

## EDITORIAL

*Los certámenes literarios siempre han sido importantes. Primero, porque pueden dar a conocer a un escritor desconocido. Segundo, porque pueden en algunos casos, ser consagratorios de alguien que durante mucho tiempo ha sido un creador constante y, tercero, por el estímulo económico que representan. Claro que también debe comprenderse que no necesariamente los premios se otorgan a la mejor obra presentada y, en algunos casos—los menos—para su otorgamiento concurren factores extraliterarios.*

*Lo cierto es que cualquier certamen que se convoque es importante. Guatemala no es la excepción, sobre todo por la marginación, el rechazo o el ninguneo con que se ha tratado a nuestros escritores. Por eso, en "Abra palabra" celebramos el apareamiento del Premio de Cuentos "Carlos F. Novella" que viene a sumarse a los ya existentes: Guatemalteco de Novela, Premio 15 de Septiembre, Juegos Florales de Quetzaltenango, sin olvidar los premios que se otorgan en Santa Lucía Cotzumalgüapa, Cobán, Retalhuleu, Jutiapa, Mazatenango, Amatitlán y los ocasionales que surgen para conmemorar un hecho, un evento o una institución.*

